

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 16 Septiembre de 1893

Núm. 68

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LA PUBILLETA.—BUSTO EN TIERRA COCIDA POR CELESTINO DEVESA

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—La rosa, por JAROSLAV VRCHLICHY.—Poesía árabe, traducciones de D. ADOLFO FEDERICO DE SCHACK y de D. JUAN VALERA.—Los microbios del hielo, por C. J.—VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLEF, traducido del francés por C. V. DE V.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.—La pubilleta.—L'heréu escampa, bustos en tierra cocida, por CELESTINO DEVESA.—VIAJE Á LAS BALEARES: Joven con rebocillo.—Calle de Pollensa.—Puente romano en Pollensa.—Cascada sobre el camino.—Un punto escapado, cuadro de G. JACOBIDES.—Estío, cuadro de C. VAUTIER.—El trovador, por BALDOMÍE.



Crónica

APUNTAMOS algo en la última *Crónica* sobre los lamentables sucesos que habían ocurrido en San Sebastián. La presencia en aquella ciudad de Sus Majestades el Rey y la Reina convirtieron en mucho más graves aquellos acontecimientos, aun cuando no se pronunciase ningún grito que pudiera considerarse ofensivo para las augustas personas. La prevención que existe en contra del Gobierno, la animadversión que cada día se hace más visible de las provincias en contra de Madrid, las pasiones que han despertado las reformas recientemente acordadas con menos previsión de la que fuera de desear, y por en medio de todo esto el viento de indisciplina y de rebelión que se extiende por todas partes, acaso también el legítimo amor que por sus fueros sienten los donostiarros y sus hermanos de las demás provincias, fueros atacados todos los días por leyes, por decretos y aun por órdenes redactadas por cualquier oficialillo de un ministerio; todos estos elementos, sin duda, dieron origen á aquellas asonadas y tumultos en los que hubo derramamiento de sangre, muriendo algunos paisanos por resultado de las descargas que hizo la Guardia civil. El señor Sagasta sufrió casi un asedio en el hotel donde se alojaba, pudiendo ver ostensiblemente las pocas simpatías con que cuenta en San Sebastián y las tormentas que la actual marcha política ha desencadenado en todas partes. Ni siquiera aquella aristocrática ciudad, que tanto necesita del sosiego para atraer á los forasteros, se ha visto libre de una de esas ráfagas que están sembrando el desconcierto y la inquietud por toda España. Aparte de las desgracias personales y de los destrozos causados por el motín, San Sebastián sufrirá por causa de él pérdidas considerables, puesto que, conforme es de suponer, los forasteros, en número de algunos miles, según se decía, abandonaron la población tan pronto como pudieron hacerlo sin riesgo de sus vidas.

Que el viento de revuelta sopla por todas partes en nuestro país, es cosa manifiesta. Aquí aparece en una manifestación tumultuaria, en la cual protesta una ciudad ó villa de que se le haya suprimido el juzgado, que daba alguna vida á su decaída población; allí, tras de haberse

anunciado por pregón que se cobraría en día determinado el primer trimestre de contribución territorial y de subsidio, se deja ver elocuentemente la rebeldía haciéndose en seguida otro pregón con el que se amenaza con la muerte, y en un punto de la provincia de Tarragona con ser quemado vivo, al que sea osado á pagar ningún impuesto; y allá en Bilbao se muestra idéntico espíritu con la oposición hecha á la salida del crucero *María Teresa* para dirigirse al Ferrol con objeto de artillarlo. Por fortuna, la agitación de los bilbaínos se calmó, sin que ocurriesen sucesos desagradables, acaso porque muchos de ellos comprendieron que era fundada la observación del Gobierno, de que artillado el crucero en aquel punto se corría riesgo de que sucediese algún grave percance, por no tener la ría fondo bastante para el calado del buque con el peso de la robusta artillería que ha de ponersele. ¡Dios quiera que el planteamiento de las reformas no origine nuevos tumultos y nuevos disgustos!

La verdad es que las asonadas y los motines están á la orden del día en gran parte de Europa y en casi toda la América. Al aliento de desorden y de rebelión que hoy domina, así como al decaimiento del principio de autoridad que en todas partes impera, se debieron los sucesos de Aigues Mortes y á renglón seguido todos los que con motivo ó pretexto de éstos han pasado en Italia. Decimos con pretexto, porque de las manifestaciones contra Francia y los franceses se tomó pie para alardes contra las instituciones, contra el Gobierno italiano y contra la sociedad en general. La levadura de Aigues Mortes se advierte que va dando sus frutos en lo que ha ocurrido en Nancy, en donde también hubo tumulto por oponerse los obreros franceses á que trabajasen los extranjeros, y en lo que pasó al procederse al derribo de la Plaza de Toros de la calle de Pergolese, en París, donde los obreros franceses exigieron que fuesen despedidos los italianos. En esta obra la libertad del empresario quedó coartada, por habersele impuesto la condición de que pudiese admitir sólo un diez por ciento de obreros extranjeros. Si este criterio se acepta en las demás naciones, de fijo que en último término saldrán perdiendo los franceses. De manera que hoy día en que tanto se blasona de libertad, precisamente los que más la tienen en la boca son los que ejercen siempre una más intolerable tiranía.

De la que nos procurarían los anarquistas podemos formar idea por el relato de la sesión celebrada en Graftonhall por los anarquistas de Londres. Se trataba de recibir solemnemente á los delegados enviados al Congreso socialista de Zurich. M. Mowbray, uno de ellos, al dar cuenta de su comisión, manifestó que había ido al Congreso con la idea de que allí no había de establecerse distinción alguna entre las diferentes categorías de trabajadores, pero que el millonario alemán M. Singer, á quien se elevó á la presidencia, se mostró más autoritario que el mismo ex canciller Príncipe de Bismarck. M. Mowbray confesó que no se condujo él de una manera del todo pacífica, y que en el instante en que se le expulsó, junto con sus camaradas, derribó al suelo á cuatro congresistas que se oponían á sus intentos. «La reunión — dice un periódico belga de muy buen juicio — no pareció asombrarse poco ni mucho de esta confesión. Aplaudió vivamente al orador, quien terminó manifestando que los socialistas alemanes se habían mostrado más intolerantes

que los capitalistas, y que los socialistas ingleses, si llegasen á la posesión del poder, imitarían probablemente su ejemplo.»

* * *

Con razón nos lamentamos los españoles de nuestra situación financiera, que nos obliga á pagar un cambio de más de 20 por 100 para hacer fondos en el extranjero. No obstante podemos consolarnos con la conocida fábula de Calderón de la Barca:

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que comía
—¿Habrás otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hierbas que él arrojó.

Esto nos pasaría si mirásemos á los italianos. Falta en Italia de tal modo la moneda de plata y de bronce, que los pagos se hacen de la manera singular que expone el señor Luciano Salomón, presidente de la Cámara de Comercio de Milán. Los parroquianos de los cafés han de recibir la vuelta de un billete de cinco liras, de un billete no de una moneda, en marcas de fábrica que sólo tienen curso en el establecimiento que las entrega, ó bien en sellos de correo. Las fábricas pagan á los obreros con fichas que no tienen curso más que en determinadas tiendas de las inmediaciones. En las tiendas, al comprador conocido que entrega un billete de cinco liras para una compra inferior á cuatro liras noventa y cinco céntimos, se le dice, que se le pondrá en cuenta la compra, y si el comprador es desconocido, para darle la vuelta se le cobra un cambio, lo cual es ilegal. El colmo de esta situación lo pinta el mismo presidente de la citada Cámara de Comercio al dar cuenta del siguiente caso personal: «Yo tenía que cobrar, dice, del Banco Popular de Milán un pequeño talón de 147 liras 55 céntimos. He ahí cómo me lo pagó este establecimiento, uno de los primeros de Italia: 145 francos en billetes de Banco, el resto en monedas de vellón y en diez sellos de correo.»

B.

La rosa



ERA en Mayo del año 1283.

Los dorados rayos de un sol de primavera bañaban en un mar de luz la Vía del Corso, centro entonces de Florencia. El aire fresco y diáfano no ostentaba aún el azul profundo del estío, pero en sus ondas suaves y ligeras, que inundaban los techos apuntados de las mansiones patricias y las torres y cúpulas de la orgullosa ciudad, había algo indefinible que halagaba la fantasía. Resonaba en lo alto el canto de los pájaros ocultos á la vista, llegaba á ratos de los jardines próximos el grave rumor de los árboles acariciados por el viento, luego volvía á reinar en torno aquella soñadora calma llena de apacible suavidad y de primaveral encanto. De vez en cuando pasaba silencioso un monje con las manos cruza-

das piadosamente sobre el pecho, y pendiente el rosario del cordón que le rodeaba la cintura. La figura gris se deslizaba como una sombra, y sobre aquel tono oscuro se destacaba el blanco inmaculado de las palomas que en bandadas descendían con timidez desde las cornisas de la Signoria, con tanto silencio, que parecían no querer turbar la paz de la ciudad sumida como en un sueño de primavera.

Ante la casa del panadero Folco Portinari, situada próximamente en el centro de la Vía del Corso, se hallaba parado un joven cuya esbelta figura cubría un traje negro y ceñido al cuerpo, como acostumbraban á llevar los que cursaban estudios superiores. Esperaba á alguien: estaba de pie, inmóvil como una estatua, con la vista fija en un rosal florido, cubierto de grandes rosas abiertas que esparcían un aroma embriagador.

Un hombre de más edad vestido con el traje negro de un rico patricio se acercó al joven lentamente y con la vista baja. Llevaba en la mano un escrito en el que parecía ir leyendo. Algunos pasos antes de llegar al joven se paró á observarle atentamente con triste sonrisa. El otro se encontraba tan abismado en sus cavilaciones que no advirtió la presencia del recién venido. Al alzar la vista, se adelantó á él con viveza, y alargando la mano hacia el escrito, exclamó:

—¡Guido mío!

—¡Más calma, Durante! contestó Guido levantando el escrito sobre su cabeza, más calma.

—Ya sabes que ardo en impaciencia.

—¡Naturalmente! ¡Los amantes arden siempre en impaciencia!

—¿Te burlas de mí?

—No, amigo mío, pero dudo que mi respuesta pueda contentarte. Me he formado una opinión acerca del amor muy distinta de la tuya y la de Cino.

—Y distinta también de la de Dante de Maiano, le interrumpió su amigo; ya lo sé. Pero dame esa hoja, haz el favor. Tu respuesta es la que más puede satisfacerme. Toma en cambio, y la sacó del bolsillo, la de Dante de Maiano. Habla del amor en términos casi ultrajantes; su opinión es tan baja como el horizonte mismo de su alma. Pero trae tu respuesta, que ardo en deseos de verla.

Mas Guido Cavalcanti siguió teniendo sujeta sobre su cabeza la hoja tan codiciada. Su sonrisa se había desvanecido, y un velo de melancolía se extendió por su rostro.

—Créeme, Durante, amigo mío, tampoco mi contestación va á satisfacerte. ¡Cuántos hay aún que están por la constancia del amor! ¡Y de qué manera tan distinta piensa cada cual sobre ese sentimiento que llamamos amor! Para Cino es mera copia, para Dante de Maiano un juego de estúpida é insignificante pasión, para tí ardoroso impulso del corazón, para mí asunto de la razón fría. El blanco de mis amores es la filosofía; esta es la suave cadena que me tiene sujeto. Ahora bien, ¿cuál de nosotros posee la verdad?

—¡Tu respuesta, Guido, tu respuesta es la que quiero ver!

En el mismo momento en que Guido entregaba al impaciente la contestación á su soneto, se abrió la puerta del jardín de la casa de Portinari. Dos damas, ya de edad, de aspecto grave, vestidas de seda, pero sencillamente, y una esbelta joven toda de blanco, salieron de él. Los dos hombres se apartaron inclinándose profundamente. Las damas saludaron con aire altivo y desdeñoso, pero la joven bajó su hermosa cabeza, y el carmín de su rostro, casi transparente, subió de punto haciéndola parecer la más bella de

las rosas. Tímida como una cervatilla, alzó los ojos de un azul profundo, pero sólo un instante, luego continuó su marcha entre las dos damas.

—¡Qué humilde es mi señora y cuán amable! murmuró el amigo de Guido Cavalcanti. Un amor sin límites resplandeció en sus ojos, y una admiración casi idolátrica transfiguró sus pálidas facciones.

Guido, de más años y más calma que Dante, se hallaba también profundamente conmovido. Poniendo la mano sobre el hombro del joven repitió con tristeza los últimos versos de uno de sus sonetos:

*Uno spirito soave, e pien d' amore,
Che va dicendo all' anima: ¡Sospira! (1)*

En seguida desapareció por un callejón próximo.

Durante ó Dante Alighieri quedó silencioso con la mirada fija en la celestial aparición. Aún la divisaba flotando como un ángel aquella *creatura bella di bianco vestita* (2), como un lirio entre dos tallos grises y mustios. Se fué alejando como una llama errante, y entonces parecióle al poeta que todo aquel esplendor primaveral de la naturaleza, que todo el color antiguo de la sombría ciudad, que todos aquellos aromas, aquellas galas, aquella luz no eran más que el marco en medio del cual aparecía ella sonriente, teñido el rostro de delicado rubor, conmovidos sus ojos insondables, en los que brillaba la piedad del amor más sublime. En aquel momento sonaron las campanas en el Duomo. Una bandada de palomas asustadas revoloteó alrededor de la cabeza de la joven formando una aureola, y no la abandonaron hasta que pisó los umbrales del Duomo, cuyos sillares parecieron palpar de gozo.

—*Ecce Deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi*, suspiró, como sobrecogido por una visión, Dante Alighieri.

—¡Ah, messer Durante! exclamó una voz á sus espaldas; ¿buscáis la rima final á alguna poesía?

El interpelado se volvió rápidamente, como á quien despiertan con violencia de un sueño profundo. Tenía enfrente al modelo acabado de un elegante de aquel tiempo. En la mano llevaba un gran ramo de flores, del talabarte, lujosamente bordado, colgaba la espada.

—Dios os guarde, messer Simone. No busco la rima, ni acostumbro nunca á buscarla. Viene sin que se la llame, y creedme, jamás sola.

—¡Bah! Ya conocemos vuestra altivez. No habláis con sinceridad. He oído que á menudo os pasáis la noche en claro para un solo soneto.

—Posible es que os hayan dicho la verdad. Pero estad seguro, messer Simone, que si estoy en vela es por un soneto ya terminado.

—¿Por uno ya hecho? Entiéndalo quien quiera. Yo creo que una cosa escrita, escrita está ya y escrita queda. ¿Cómo? yo por lo menos, y lo digo en serio, tendría que pasarme la vida meditando antes de escribir un soneto.

—Eso lo creo, messer Simone, no necesitáis jurarlo, contestó Dante con fina ironía. Nuestras dos carreras van en dirección contraria.

—Cierto. Vos andáis á caza de versos, y yo estoy aquí citado para esperar á Bice á la puerta del Duomo y acompañarla á su casa. Aún tengo tiempo de dar una vuelta por la plaza, luego me acercaré á la catedral. ¡Eso daría asunto para una canción, messer Alighieri!

—¿Vos, vos citado? ¿Y por quién?

—Por ella, por la hija de Folco Portinari, tengo ya su

(1) Un espíritu suave y lleno de amor que va diciendo al alma ¡suspira

(2) Criatura hermosa, de blanco vestida.

consentimiento, *messer trovatore*, ya soy su novio, su novio feliz. Hasta la vista. ¡Si dais con la rima acordaos de mí!

Dante ya no le oía.

Un mar de tinieblas le rodeaba y bullía dentro de su pecho. Sólo sentía un rumor confuso como si la tierra fuera á abrirse á sus pies. ¿Por qué no le enterraba en lo más hondo? Pero la tierra, insensible y cruel, no lo hizo. A su alrededor todo seguía lo mismo que antes. Los árboles susurraban solemnes y misteriosos, las rosas florecían con su acostumbrada pompa, las palomas revoloteaban por los aleros, el cielo aparecía radiante, y era el ambiente perfumado y claro; únicamente en su pecho había sentido la noche sus reales, sólo él oía el sordo rumor de la tormenta, sólo en su interior se había abierto un abismo de tormento sin límites.

Inmóvil permaneció allí largo tiempo, estrujando en la mano la respuesta aún no leída de su amigo. ¿Qué le importaba ya aquella contestación antes tan anhelada? Otra acababa de oír que seguía resonando como un trueno en sus oídos—ahora tenía ya su respuesta.

Rumor de pasos, voces y risas le despertaron de su sombrío sueño.

Volvió á ver á la joven que, terminadas sus devociones, salía del Duomo, blanca y resplandeciente como antes, pero ya no entre las dos damas. Marchaba delante, y ufano y orgulloso la acompañaba aquel Simone de Bardi que hacía poco había trabado conversación con Dante. Los dos cuchicheaban entre sí; ella llevaba en la mano el ramo de flores y sonreía dulcemente. Las dos matronas iban detrás y el orgullo maternal rebosaba en sus rostros. Se acercaban cada vez más: la conversación se hacía más distinta, las risas más sonoras. Dante quiso huir, pero no pudo. Las fuerzas le faltaban, era ya tarde.

—¡Qué dicha tan grande para mí, la de poder acompañaros, decía Simone, una dicha que aun pagada con la vida no resultaría demasiado cara!

—No sé, contestó con aire modesto la joven, no sé si eso es una dicha, ni si debe apreciarse tanto.

—¿Queréis pruebas?

Y la voz del elegante sonaba en tono de reto.

—¡Qué fácil es sentirse feliz cuando se ha vivido siempre entre la dicha! dijo ella,—y el poeta sintió que la emoción hacía temblar su voz;—pero acordarse en la felicidad de los que no la poseen, eso es más difícil *signor*, eso es grande.

—No os comprendo, *signora*; ¿de quién debo acordarme?

Habían llegado ante el rosal cubierto de flores y allí se detuvieron.

—Pienso, *signor Bardi*, pienso en los que sufren, dijo en voz baja.

Y antes de que Simone de Bardi pudiera sospechar su intento, arrancó del rosal la rosa más hermosa y la ofreció al poeta bajos los ojos y respirando dulzura.

Ambos callaron.

Ella siguió adelante y entró en su casa con los que la acompañaban; el poeta quedó solo é inmóvil. Llevó á sus labios el cáliz abierto y encendido de la rosa, donde ella había dejado caer una lágrima, lágrima de celestial amor y de compasión inmensa.

Y así permaneció largo, muy largo rato frente á la casa de Folco Portinari, el joven Dante Alighieri. No apartaba sus ojos de la rosa, abstraído, sin ideas al principio, sobrecogido de indecible pesar. Poco á poco fué distinguiendo los círculos de la rosa,—vió cómo iban arrollándose sus pétalos en suaves espirales, y su espíritu impetuoso y

ardiente descendía por ellas más y más hondo,—la sombría situación de su ánimo obró en él como por arte mágica, la rosa desapareció á sus ojos y sólo quedaron las espirales que se arrollaban y arremolinaban en un extraño abismo, espantoso, sin fondo. Tuvo una visión. Su calenturienta fantasía le representaba bajo una rosa el infierno con todos sus tormentos; el infierno de pena que cobijaba dentro de su pecho adquiriría cuerpo y realidad. Sus lágrimas descendían sobre la rosa como plomo derretido, abrasadoras como la lluvia de azufre que cayó sobre Sodoma y Gomorra. Pero después, otras purificadoras bañaron, como rocío refrigerador, los pétalos. Y entre el vislumbre de las lágrimas le pareció que el encendido carmín de la rosa palidecía, hasta deslumbrar otra vez con el blanco inmaculado de la nieve; que la flor crecía, crecía de un modo gigantesco, y se convertía en la rosa del Empíreo, cada uno de cuyos pétalos servía de trono á un bienaventurado, y cuyo centro era un torbellino de fuego donde se asentaba triunfante aquel Amor que mueve las estrellas y los mundos. Ella aparece también, la *creatura bella di bianco vestita*, trae en la mano una corona de laurel inmarcesible, cuyas hojas son luceros, y resuena por el espacio inmenso como el rumor de las aguas precipitándose en catarata, la aclamación de innumerables ejércitos angélicos: «¡Santo, Santo, Santo, Hosanna y Aleluya!»

Dante apretó la rosa contra sus labios con fervoroso recogimiento. Entonces dibujáronse en su alma los primeros rasgos del sublime poema que había de servirle de consuelo levantándole sobre las angustias de su amor y las traiciones de la patria.

No advirtió que un pintor, aún de pocos años, pasaba al lado suyo, y que al verle se detenía impresionado para grabar su gran figura en la mente y transmitirla como perpetuo recuerdo á las generaciones venideras.

El pintor era Giotto.

JAROSLAV VRCHLICHY,
(húngaro).

Poesía arábiga

INSCRIPCIÓN EN LA TAZA DE LA FUENTE DEL PATIO DE LOS LEONES
EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

¡Incomparable es la fuente!
¡De Dios el poder bendiga
quien de estos bellos palacios
contemple las maravillas!
Cual diamantes que recaman
de regio manto la fimbria,
cual blanca plata sonora
que entre perlas se líquida,
y como perlas relumbra,
por la luz del sol herida,
el agua que va corriendo
hasta tocar en la orilla.

El agua y el limpio mármol
se confunden á la vista,
y á declarar no te atreves
cuál de los dos se desliza.

Deshecha en el aire, cae
la clara lluvia en la pila,
y en ocultos ataneos
al cabo se precipita.

Así de una hermosa baña
llanto de amor las mejillas,
que el rubor ó la prudencia
inducen á que reprima.

¿Viene del cielo esta agua
ó de las entrañas mismas
de la tierra? Representa
la esplendidez del Califa.

Su mano dones sin cuento,
al rayar la luz del día,
vierte sobre los leones
de sus huestes aguerridas.

De sus garras espantosas
no receles; que la ira,
por respeto al Soberano
hasta los monstruos mitigan.

Vástago de los ansares,
tu pujanza y tu hidalguía,
al engreído desprecian
y á los soberbios humillan.

Quiera el cielo mil deleites,
darte y ventura cumplida
y dulce paz; quiera el cielo
que á tus contrarios aflijas.

Traducciones de
D. ADOLFO FEDERICO DE SCHACK
y de D. JUAN VALERA.

Los microbios del hielo

Resistencia de los microbios á las bajas temperaturas. — Peligros que ofrece el hielo. — Dictamen de M. Riche en el Consejo de Higiene sobre la mala calidad de los hielos naturales. — El hielo no alimenticio y el hielo alimenticio. — Necesidad de un reglamento.

Es hoy precepto de higiene universalmente reconocido, que es menester tomar la precaución de no beber el agua sino hervida á fin de quitarle las impurezas que la enturbian, particularmente si se trata del agua de los grandes centros de población.

A pesar de ello pocas personas sospechan que los microbios patógenos llegan á corromper el hielo, y sin embargo, las últimas investigaciones científicas han dado por resultado el conocer su gran resistencia á las temperaturas extraordinariamente bajas. M. Raul Pictet y M. d'Arsonval han podido hacerles sufrir una temperatura de 100 grados sin que se destruyera ninguna de sus propiedades. De ahí que no deba causar extrañeza que en los bacilos de Eberth, encontrados hace pocos años en el hielo por los señores Chantemesse y Widal, hayan conservado en él toda su virulencia.

La conclusión práctica que se sacó de estos experimentos, es que el hielo impuro ha de tenerse por uno de los más poderosos vehículos de las epidemias, entre las cuales puede citarse en primer lugar la fiebre tifoidea. El consumo extraordinario que durante el verano se hace del hielo, constituye indudablemente un peligro para la salud, contra el cual conviene llamar la atención.

Ya en 1889, habiendo el Consejo de Higiene de París ordenado un análisis del hielo recogido en el estanque de la Briche, cerca de Saint-Denis, se encontró lleno de bacterias y de materias orgánicas. Lo mismo hubiera ocurrido si se hubiese extendido el análisis á los estanques de Chaville, de Tourvois, de Château-Frayet, á los de Saint-Cloud, y de los lagos del bosque de Bolonia y de Vincennes. Y esto es precisamente lo que afirma M. Alfredo Riche en su notable informe del día 12 de Mayo último. Lo mismo podemos asegurar que ocurre con el hielo natural que se vende en nuestro país. Urge,

pues, no cabe duda, que esta situación atentatoria á la salud pública se regularice. Sin embargo, esta tarea es más difícil de lo que á primera vista parece, sobre todo si se tiene en cuenta que las concesiones hechas en la actualidad darían lugar á muchas cuestiones. Lo único que es dable practicar se reduce á prescindir por completo del hielo natural en el uso alimenticio empleándosele solamente para la conservación de la carne, pescado, etc.

Para refrescar las bebidas, tan sólo puede tolerarse el uso del hielo artificial fabricado con agua potable. Puede

muy bien obtenerse hielo puro, y por esto M. Riche pide, en la vecina Francia, un reglamento riguroso que imponga la venta y el uso de aquella sustancia á los vendedores al por menor.

¿Se ha pensado en nuestro país en algo de esto? ¿Se preocupa nadie por las condiciones higiénicas y de salubridad de las ciudades? ¿Llamarán algún día la atención pública tan importantes cuestiones de higiene? Por ahora no es de esperar.

C. J.

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

LEGAMOS á la estación de la Puebla, en la cual termina la línea férrea; pero en dicho punto hállase establecido un servicio de carruajes que enlaza dicha población con las de Pollensa y Mendiá.

La Puebla es una villa que cuenta 4,000 habitantes. Levántase en medio de una dilatada llanura. Sus calles rectas, simétricas y polvorientas, terminan por punto general en la campiña, que más bien que atractiva es monótona, tanto, que al recorrerlas, se distingue en su extremo un horizonte poco dilatado, excepción hecha de la

mayor parte de las de los villorrios y aldeas de Mallorca, tienen un remoto dejo árabe. En esta región se cultiva con preferencia el cáñamo; pero las emanaciones procedentes de la cercana *albufera* hacen poco saludable la Puebla. No hay para qué decir que sus moradores son bondadosos y hospitalarios.

Tanto es así, que contemplando yo el *patio* desde el dintel de las puertas en plena cimbra que constituyen la entrada, veíame con frecuencia instado por los dueños de las casas, hombres ó mujeres, á fin de que entrara á descansar, ofreciéndome al par frutas, refrescos y golosinas, y cuando después de haber aceptado esos agasajos, que tan ingenua como espontáneamente se me hacían, me levantaba para seguir mi camino, me decían cariñosamente:—¿Tan pronto nos deja, señor? Mire usted que á nosotros no nos estorba, antes bien, nos honra, y que hace mucho calor para andar por esas calles. ¿De dónde es usted?—De París, contestaba.—¿Muy lejos, verdad? Dicen que es una ciudad muy grande, en la cual hay calles que tienen más de dos horas de largo.

«El lenguaje mallorquín, dice con razón Jorge Sand, tiene para los extranjeros una dulzura encantadora que seduce, especialmente en boca de la mujer, cuya voz, en general, es sonora y de un timbre delicado. Las palabras con que se saludan parecen frases verdaderamente musicales. Jamás se separa de vosotros una mallorquina á quien hayáis dirigido la palabra, sin deciros, según sea la hora del día en que os halléis: *Bon día tenga*, ó *Bona tarde tenga*, ó *Bona nit tenga* (Buenos días, buenas tardes, ó buenas noches tenga usted). *Es meu co no basta per li di: adió!* (No basta mi corazón para decirle á usted: adiós).»

Los habitantes de las Baleares hablan la antigua lengua romano-lemosina, no el catalán, como se presume generalmente, siquiera sean muchas las afinidades existentes entre una y otra. Lo que podemos asegurar, es que la lengua mallorquina es de todas las románicas la que mejor se ha librado de toda influencia exterior. El gracioso patois de Montpellier es acaso el que más analogías ofrece con el mallorquín.

Llegada la hora de marchar á Pollensa, acomodéme en el cupé de un carruaje ligero, al lado del conductor, en tanto que ocupaban el interior algunos mallorquines que



Joven con rebecillo

parte septentrional, en la que el lejano perfil de las montañas rompe las líneas de las calles y de los fondos, de una rigidez desesperadora, y sólo interrumpida por las inmensas aspas de los molinos de viento, desnudas y descarnadas unas como esqueletos inmensos, vestidas otras de un lienzo blanco que se destaca sobre el intenso azul del firmamento.

Las iglesias que visité son por demás sombrías, y de escaso valor artístico. Las casas, como acontece con la

apoyaban sus pies en los bultos que constituían mi equipaje. Del vehículo tiraba una poderosa mula.

—Vamos, dijo el conductor, y echamos á andar con toda parsimonia y tranquilidad.

Á uno y otro lado del camino volvieron á aparecer los olivos no menos robustos y retorcidos que los que viera en Valldemosa. Con ellos se mezclaban frondosas encinas que con su metálico follaje interrumpían la monotonía de sus masas cenicientas, y sus pobladas copas, extendiéndose y entrecruzándose sobre el camino, formaban una bóveda impenetrable á los rayos del sol.

Las avecillas dejaban oír sus trinos regocijados, sin que en ellas hiciera mella el paso del carruaje; antes bien, se acercaban cual si tuvieran empeño en que las oyéramos mejor. Entre los peñascos crecía la maleza tierna, lozana, abundante, ofreciendo un suave tinte rosado. Á ambos lados, bien que á gran distancia, elévanse enhiestas y peladas colinas, sobre cuyas cimas revolotean los buitres. Llegamos á una cuesta; la mula se puso al paso, y al propio tiempo nos vimos asaltados por verdaderos enjambres de mosquitos, de cuyas insidiosas acometidas pudimos en parte librarnos agitando incesantemente los pañuelos, y si bien es cierto que menguaron su saña cuando la caballería emprendió el descenso al trote, volvieron á comenzar en cuanto nos encontramos con un nuevo repecho.

Así las cosas, llegamos á Pollensa cerrada la noche. Sus calles son oscuras, estrechas y tortuosas: los moradores usan el traje que tanto me llamó la atención en Soller. En algunas encrucijadas veíanse linternas encendidas que servían para iluminar imágenes de santos ó de vírgenes, colocadas en nichos, protegidas por alambresas.

Al cabo llegamos á la fonda. Los dependientes acudieron; presentóse el hostelero, y su mujer, muy linda por cierto, y muy complaciente, esmeróse en obsequiarnos.

En la sala inferior, larga y espaciosa, se encontraban reunidos los habituales parroquianos apurando algunas copas de aguardiente y tañendo la guitarra, con no poca satisfacción de mi parte, que escuchándolos apenas me acordaba de que debía comer.

Después de la comida, en la cual me fué servido un plato de ricos tordos, que en la estación del año en que nos hallábamos pasan en gran número en dirección al cabo Formentor, me dirigí á la iglesia que dista poco de la fonda. Llamóme en ella la atención un gran número de hombres y de mujeres que con candelillas encendidas en las manos permanecían arrodillados debajo de la sombría bóveda. En ella y delante del altar levantábase un túmulo débilmente iluminado, y llenaba los ámbitos del templo la triste salmodia de los cantos funerales, entonados por sacerdotes que estaban fuera del alcance de mis miradas. Semejante ceremonia á tales horas, tanto como imponente y severa, era elocuente y convidaba á la meditación.

Esta mañana dí un paseo á las orillas del torrente de Pollensa, en el cual existe un puente romano de buen estilo. El lecho del torrente, sumamente pedregoso, se halla cubierto por frondosos algarrobos, bajo cuya sombra protectora se guarecen las lavanderas. Hoy se deja sentir un

cierzo bastante desapacible. Se me ha dicho que no tendremos pescado en la mesa: pensaba que fuese por esto; mas luego he sabido que los pescadores no se entregan en este día á sus tareas habituales, persuadidos de que de pescar en el día de Todos los Santos encontrarían en sus redes, en lugar de peces, huesos humanos. No hay para qué decir que semejante idea les llena de pavor.

Pollensa es una de las poblaciones más antiguas de la isla, como lo revela el aspecto exterior de la mayor parte de sus casas. En su término existió una colonia romana.

He visitado la Casa Consistorial, en la cual, y en uno de los ángulos de la sala destinada á archivo, he contemplado algunas armaduras y varios mosquetes. Dicho edificio fué en otro tiempo convento de jesuitas: de él forma parte una iglesia que al presente no está destinada al culto. Todo en él acusa el mayor abandono: las paredes amenazan ruina, y las habitaciones del piso principal están inservibles.

Desde una de las ventanas altas he contemplado la



Calle de Pollensa

bahía en toda su extensión, y en último término los picos del cabo Formentor.

En la cárcel había cuatro pilluelos que se asomaban á la reja en cuanto oían abrir la puerta. Se les ha encontrado merodeando por aquellos alrededores, y el alcalde los ha puesto á buen recaudo en tanto que practica diligencias para buscar á sus familias.

Durante la noche me ha despertado una tempestad deshecha como no hubiese oído otra en los días de mi vida: el trueno retumbaba con horrisono fragor y el agua caía á torrentes. Á ella ha sucedido un viento Norte que ha barrido las nubes y ha secado el suelo, hasta el punto de que después del medio día, bajo un cielo puro y transparente, he podido encaminarme á un calvario situado en una altura existente al Sudoeste de la población. Desde él, que constituye un verdadero mirador, se distingue por cuatro puntos distintos el mar, y confundidas con los últimos límites del horizonte, las costas de la isla de Menorca.

La fiesta destinada á la Conmemoración de los difuntos dura en las Baleares muchos días. En el de hoy se ha verificado la visita al cementerio, y por mi parte la he llevado á cabo siguiendo á las mujeres que, completamente enlutadas y con el rosario entre los dedos, se dirigían al



UN PUNTO ESCAPADO. — CUADRO DE G. JACOBIDES



Con permiso de la Sociedad heliografica de Berlín.

ESTÍO

CUADRO DE C. VAUTIER

mismo, en compañía de los hombres, de los muchachos, y de las jóvenes, todos endomingados, y todos silenciosos y recogidos.

Ya en el campo santo pude convencerme de que nada se encuentra que recuerde los cementerios de Francia, lujosos y aparatosos en las grandes poblaciones, y llenos de melancólica poesía en las aldeas y pueblecillos.

Nada de monumentos sepulcrales; nada de elegantes rejas y coronas pretenciosas; nada de flores y jardines; un espacio no muy grande de terreno árido, sobre el cual se levantan escuetos y aislados algunos fúnebres cipreses; cerrado por una pared de cerca, en la que se ven de trecho en trecho algunos números que indican las sepulturas.

Los judíos contristados rezan sus plegarias puestos de pie ante la muralla de Jerusalén. En el campo santo de Pollensa las mujeres enlutadas, puestas de hinojos sobre el duro suelo, se entregan á su dolor, y vierten lágrimas de pena, sin que hable á su alma objeto alguno exterior.

Tan sólo el día de los Muertos, y para honrar á los que

más intensa melancolía á las preces, á los suspiros y á los sollozos que llenaban el desnudo espacio del cementerio.

Durante la velada, los muchachos que la noche anterior habían cantado en el piso bajo de la fonda, con no poco contentamiento de mi parte, ganosos de obsequiarme, vinieron con sus guitarras para cantar, ora al unísono, ora á distintas voces, lindas *habaneras* y *jotas* del país. No puede imaginarse el pronunciado sello de salvaje melancolía que se encierra en esos cantos, especialmente entonados en aquel vasto aposento á duras penas iluminado. De repente enmudecieron los cantores: era que al pie de las ventanas cruzaba la calle el santo Viático.

No parecía sino que todo cuanto aquel día presenciaba había de comunicar carácter á la fiesta religiosa que conmemoraba la Iglesia. Antes de la comida, excitada mi atención por robustos cantos religiosos, echéme á la calle, y tuve ocasión de ver á algunos sacerdotes, la comunidad de la parroquia, según me dijeron, que á la luz de grandes antorchas encaminábase precipitadamente á la parte

alta de la población. Supe que iban á buscar un muerto, y por aquello de que el viajero debe verlo todo, seguí á la comitiva. Iba ésta precedida por un hombre que, vistiendo un largo roquete, llevaba una cruz muy grande. Llegados á la casa donde se hallaba el cadáver, detuviéronse los sacerdotes sin interrumpir sus cantos. Á poco apareció el féretro conducido por algunos hombres, y seguido por un cortejo de parientes y amigos. Terminadas las preces, y organizada de nuevo la comitiva, marchando á la cabeza de ella el hombre portador de la cruz, luego los sacerdotes, el féretro conducido á brazos, y, por último, el séquito de amigos y parientes, presidiendo el duelo los más próximos y allegados, púsose de nuevo en marcha, entonando los sacerdotes sus preces funerarias, y mezclando á



Puente romano en Pollensa

fueron, se encienden negros fanales que se depositan sobre unos bancos que de trecho en trecho se han colocado previamente á lo largo de las paredes, en los cuales se ven una pequeña cruz, y pintados á los lados una calavera y unos huesos.

El sol, próximo ya á su ocaso, iluminaba con sus rayos rojizos los desnudos muros, ante los cuales brillaban esas fúnebres luminarias, cuya llama amarillenta agitada por el viento inclinábase desmayada y cual si fuera á extinguirse, en tanto que la sombra de los cipreses, proyectándose sobre las paredes, semejava algo así como grandes velos de crespón tendidos á lo largo del recinto.

Entretanto las mujeres, vestidas de negro, con la cabeza inclinada, salmodiando una triste plegaria, cuyos ecos llevados en alas de las ráfagas de viento, parecían acercarse y alejarse alternativamente, recorrían el campo santo con paso lento y acompasado, y con toda la apariencia de una procesión de espectros. De cuando en cuando cesaba la luctuosa salmodia, y entonces las mujeres se arrodillaban vuelto el rostro hacia la pared. Con los cantos funerales se confundían las voces de numerosas avejillas ocultas en los cercanos bosquecillos, que, despertadas por aquel rumor inusitado, dejaban oír sus acentos, que por lo mismo que resultaban sumisos y regocijados, comunicaban

ellas los parientes sus suspiros y sollozos. Y como el paso que llevaban era bastante precipitado, y soplaba recio el vendabal, agitados por éste los sobrepellices, flotaban al aire como alas inmensas, y las llamas de las antorchas se alargaban como agudas lenguas de fuego, produciendo un zumbido aterrador. La verdad, ese cortejo fantástico, con sus cantos plañideros, con su paso precipitado, discurrendo á lo largo de aquellas calles estrechas que iluminaba con sus resplandores la tétrica luz de las antorchas, tenía no poco de fantástico y en apariencia sobrenatural. Dijérase que se estaba en presencia de una de esas fantásticas leyendas tan abundantes en los escritos de la Edad Media: un grupo de réprobos, barridos por el viento de la cólera celeste, ó empujados por el soplo de Satán.

Y, sin embargo, reducidas las cosas á la precaria realidad, aquello consistía en la traslación de un cadáver al cementerio, en cuya sala mortuoria debía pasar la noche bajo la vigilancia de dos guardianes, que á las veinticuatro horas le darían sagrada sepultura, si no notaban en él indicio alguno de vida. Prudente precaución, encaminada á evitar las inhumaciones prematuras.

Ha venido á visitarme un sacerdote de Pollensa. No he visto en mi vida hombre más simpático. En sus ratos de ocio cultiva la pintura y la fotografía, siendo, además,

admirador entusiasta de la naturaleza. Don Sebastián, que así se llama, me ha propuesto hacer una excursión al cabo Formentor y á las calas de San Vicente y de Molins. Después de comer nos aguardaban junto á la puerta de la fonda un guía y dos mulas, en las cuales cabalgamos cómodamente sobre sendas pieles de carnero que hacían oficio de aparejo. El camino, siquiera sombrío en ocasiones, es siempre encantador. Atravesamos varios torrentes pedregosos que descienden de la cadena de montañas que



Cascada sobre el camino

limita la isla por la parte septentrional de Mallorca. Al presente llevan bastante agua; durante el verano pueden pasarse en seco; pero en invierno, á consecuencia de los temporales propios de la estación, experimentan fuertes crecidas hasta el punto de salir de madre y causar verdaderos estragos. Imposible imaginar camino más agradable que el que seguíamos. Algunos he visto ya en mis excursiones, y he tratado de describirlos; pero no me encuentro con fuerzas para ello, pues siempre me causan la misma sorpresa y novedad ver en Noviembre los almendros en flor; las higueras cargadas de fruto; los granados ostentando sus productos, semejantes á lindas cajas cuajadas de rubíes, y una muchedumbre inmensa de pajarillos saltando por entre el frondoso ramaje.

Durante largo espacio fuimos siguiendo la montaña, áspera y desnuda, verdadera muralla de peñas grises desprovistas de vegetación, cuyas sombras azules marcan con toda limpieza los decididos perfiles. Después, y al cabo de hora y media de camino, respiramos el ambiente salobre del mar, y aparecieron á nuestros ojos, enhiestas, robustas y elevadas las gigantescas costas. Entre las calas de San Vicente y de Molins se levanta una antigua torre de vigía. Junto á la cala de Molins termina un torrente que se precipita al mar en forma de vistosa cascada, y como en el

día en que tuvo lugar nuestra excursión la mar estaba un tanto embravecida, mezclábanse y se confundían en ocasiones las espumosas ondas con las de la cascada, hasta tal punto, que era imposible distinguir cuáles eran las unas y las otras en el caos de espuma que engendraban.

En la cala de San Vicente existen algunas humildes cabañas de pescadores, hallándose la playa rodeada de robustas peñas, sin más espacio para que puedan salir las barcas al mar que un estrecho portillo existente entre las mismas. Todo lo restante se halla sembrado de peñas contra las cuales se estrellan las olas con horribles fragor.

A veces, á consecuencia del violento chocar de las mismas, se realizan espantosos derrumbamientos. Por nuestra parte recorrimos hasta los sitios más peligrosos de esos mares temibles.

Las costas están erizadas de picos y los mares sembrados de arrecifes. Los vientos del Norte y del Oeste agotan sin cesar los acantilados. Cuéntanse por docenas los buques que se han estrellado contra estas peñas, y se han hundido luego en lo profundo de estos abismos.

C. V. DE V.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

L' heréu escampa. — La pubilleta

BUSTOS EN TIERRA COCIDA POR CELESTINO DEVEZA

El autor de estos dos trabajos escultóricos ha pasado algunas horas observando atentamente las gentes de Cataluña. De esta observación ha sacado la verdad que se advierte en los dos bustos que publicamos, los cuales respiran vida y parece que pestañean. *L' heréu escampa* es reproducción fiel de uno de esos muchachos listos, de genio algo indócil, que por ser el heréu de la casa ha sido criado con descuido, permitiéndosele toda suerte de travesuras, y que, andando el tiempo, cuando llegue á la posesión de los bienes de su patrimonio, arrojará la casa por la ventana, yendo de fiesta mayor en fiesta mayor, de cacería en cacería, siempre divirtiéndose y siempre tirando el dinero, de donde el calificativo de *L' heréu escampa* que le ha puesto el escultor Celestino Devesa.

La pubilleta es, por el contrario, un tipo sentimental, algo melancólico, según lo dicen los versos de Federico Soler:

*Va trista per tot,
No diu may un mot.*

«Anda triste por todas partes—No pronuncia nunca una palabra» la modesta campesina representada en el busto del mencionado artista. No es guapa, pero tiene el atractivo de la bondad; su mirada cautiva por lo dulce y por lo triste. Hubiérala hecho el escultor Devesa algo más bella; hubiese hermoseado las líneas de su rostro acudiendo á la imaginación, realizando un ideal que de seguro hubiera encontrado en su mente de artista, y *La pubilleta*, además de ser un excelente estudio del natural, como ahora, hubiera sido una obra llena de sentimiento y de poesía. De todos modos los dos bustos acusan en Celestino Devesa á un escultor con dotes envidiables, que modela con firmeza y con verdad y que dispone de las fuerzas necesarias para acometer los temas más difíciles, con probabilidad y casi diríamos seguridad de buen éxito.

Un punto escapado

CUADRO DE G. JACÓBIDES

Tarea ardua es para la niña pintada en este cuadro la de ir continuando la calceta. Cuando todo marchaba á maravilla, cuando los puntos se sucedían uno tras otro con regularidad pasmosa, cuando se iba alargando la media ó el calcetín hasta encontrarse ya muy cerquita del pie, hete ahí que un punto escapado convierte aquella tarea tan fácil en empresa difícil que requiere toda la atención, cuidado y habilidad de la infantil calcetera. ¡Pues no hay más que coger un punto! La que logre hacerlo con rapidez bien puede graduarse de maestra en el arte de hacer calceta. Y sin coger el punto escapado no hay medio de continuar la labor. Por esto la niña, con tanto arte y con tanta exactitud pintada por el artista Jacobides, pone todos sus cinco sentidos en recoger el punto para

proseguir luego la monótona tarea que tenía empezada. ¡Véase cómo fija los ojos en el hilo de la calceta! ¡Cómo su boquita traduce la concentrada atención que pone en el trabajo! ¡Qué bien responde la actitud del cuerpo todo a la expresión de la cabeza y a la misma expresión de aquellas lindas manecitas! Todo es simpático en este cuadro. Lo es la niña, bonita sin que tenga nada de convencional, sin que presente la belleza ficticia que se ve á veces en cuadros de la misma índole. Jacobides copió una niña que había visto por vista de ojos, mas supo embellecerla al trasladarla en el lienzo, ya mejorando sus líneas, ya sobre todo imprimiéndole el deli-

presenta brillante y esplendoroso. Esto ha hecho el artista francés Vautier en la lindísima figura que publicamos en el presente número. A su cuadro lo mismo puede llamarse «estudio del natural» que se le puede bautizar con el título *El Estío*. Cuádrale éste bien, no obstante, por el aire de la figura pintada en él, la que tiene la abundancia de luz y la riqueza de colorido peculiar de la expresada época del año.

Mesa revuelta



L' HEREU ESCAMPA

BUSTO EN TIERRA COCIDA POR CELESTINO DEVESA

cado sentimiento que se advierte en el conjunto y en los detalles de esta obra pictórica, que de seguro verán con agrado nuestros lectores.

Estío

CUADRO DE C. VAUTIER

El arte del siglo XVIII, más que el de ningún otro de los siglos anteriores, sintió predilección por las figuras alegóricas y simbólicas. Enamorado aquel arte del antiguo paganismo tomó las formas de expresión propias de éste para aquellas representaciones, pintando las Estaciones, los Meses, las diversiones cinegéticas, el baile, las ciencias y las artes, á modo de las divinidades romanas, con el ropaje de las antiguas estatuas y frecuentemente con la menor cantidad de ropaje posible. El arte del siglo XIX, que corre tras de la verdad y que á veces la aprovecha con discernimiento, huye de las convenciones del siglo pasado, y por lo tanto si tiene que representar la Pesca copia á un pescador tal como se le ve en la playa, y si se trata de la Pintura pone á un pintor sentado cabe el caballete en su estudio. ¿Quiere dar idea de alguna de las estaciones, el Estío, por ejemplo? Pues pintará á una gentil señorita ó muchacha, en plena juventud, fina, elegante, vestida gallardamente con traje apropiado á la estación, traje en que domina el blanco y los tonos alegres, á fin de que se halle en armonía con el carácter que tiene el verano, época del año en que todo se

La liebre del monte y del bosque es muy superior á la del llano y á la de los países pantanosos. El lebrato puede reconocerse fácilmente por las patas delanteras; cuando es joven tiene en la parte inferior de la coyuntura externa una bolita parecida á una lenteja. Tanto el macho como la hembra son de igual calidad.

La liebre puede conservarse perfectamente, sin despellejarla, por espacio de tres ó cuatro días suspendida por las patas traseras.

La manera de despedazarla es la siguiente: primero debe desollarse; para ello se la suspenderá convenientemente y practicando luego un pequeño corte en las patas traseras se levanta y corta un poco en su extremidad. Hecho esto se tira de la piel con ambas manos hacia los cuartos traseros del animal; la piel se separará con facilidad suma, lo mismo que si se quitara un vestido. Sin embargo, conviene ir con tiento cuando se levanta la piel del vientre, á fin de evitar un desgarró en los intestinos ó que se rasgue la piel. Del modo indicado y valiéndose al propio tiempo de un largo cuchillo, se puede ir sacando toda la piel, incluso la de la cabeza, que puede quitarse cortando las orejas.

Quando se ha terminado esta operación se parte el vientre por la mitad y, sacando con precaución los intestinos, se vacía procurando no destruir el hígado, que se quitará luego con cuidado, dejando escurrir la sangre que contiene en una taza en la que se habrá vertido antes una copita de coñac. En caso de que las balas lo hayan rasgado, se lava el interior del vientre con un poco de vinagre.

La manera de preparar la liebre es la siguiente: se corta la rabadilla, que se compone de los cuartos traseros, el solomillo y la espina dorsal hasta el cuello. La parte anterior, la cabeza, las patas delanteras, las costillas y las partes del vientre se separan y se hacen pedazos con el auxilio de un tajadero al objeto de hacer el encebollado. Conviene cortar la rabadilla en pedazos á fin de no destruirla.

La mejor manera de adobar la rabadilla consiste en rodearla de cebollas, tomillo, clavos de especia, un poco de aceite, vino blanco, sal y pimienta; puesta en lugar fresco y cerrado, y cubriéndola con el adobo, se conserva por espacio de tres ó cuatro días. El adobo del encebollado de liebre se prepara de igual modo, con la única diferencia de tener que añadirsele una cucharada de vinagre. La sangre y el hígado pueden conservarse perfectamente con sólo tenerlos en sitio fresco por espacio de cuatro días.

Para hacer un buen asado de liebre se la retira del adobo y se mecha con lonjillas delgadas y muy cortas su lomo y parte posterior, se le pone sal, bastante pimienta,

EL TROVADOR

FOR

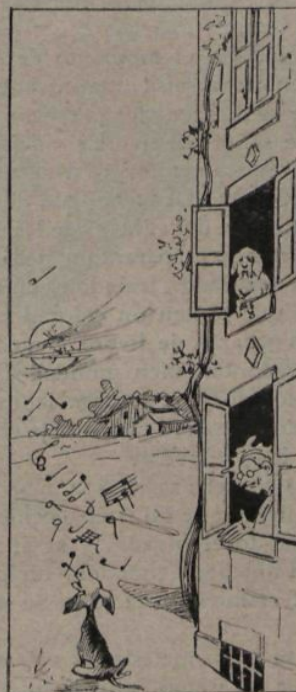
BALDOMÍE



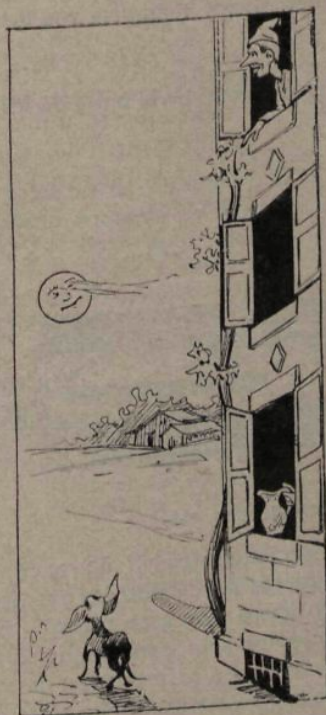
1.—Todo es calma, todo silencio, nada turba la quietud. Un gallardo can se divisa en lontananza.



2.—Guau, guau, y aparece en escena una hermosa perra.



3.—Canción de amor: que no parece bien á la inquilina del entre-suelo.



4.—Ni al vecino del segundo.



5.—Toma, en justo castigo á tu perversidad, perro endiablado.



6.—¡Tableau!

Baldomíe
93

en la parte superior un buen pedazo de manteca y se la asa en el asador ó en el horno, vertiendo á menudo sobre ella el adobo indicado. El tiempo que debe emplearse es de tres cuartos á una hora con fuego algo abundante.

Para preparar la salsa llamada *salsa cazador* se picarán chalotes haciéndoles cocer luego en una cacerola á fuego lento, junto con un buen pedazo de manteca, condimentados con sal y pimienta; añádeseles la salsa que ha producido la liebre y hácese cocer lentamente por espacio de una hora. En el momento de servirse á la mesa se disolverá en dicha salsa una cucharada de café y mostaza superior, y se la hace volver espesa añadiéndole una cucharada de sangre de liebre sin dejarla hervir, agitándola rápidamente para evitar que se agume.

Para preparar el encebollado de liebre se sacarán los pedazos de liebre del adobo y se les cubrirá de harina. Al propio tiempo se preparará un pedazo de tocino, cortado en trocitos cuadrados, friéndolos en una cantidad de manteca hasta que tomen un color dorado, y entonces se le añaden los pedazos de liebre y medio litro de cebollinos blancos y redondos bien mondados. Cuando todo junto tiene el color dorado, á fuego lento, se le rocía con un vaso de adobo colado y se le deja cocer, bien tapado, por espacio de hora y media.

Cuando se deba servir á la mesa se le mezcla sangre é hígado de liebre que no estén cocidos. Se les pasa por el tamiz chafando el hígado, y se añade al encebollado la sangre y el hígado, agitándolo rápidamente, á fin de que quede perfectamente mezclado. Se sirve hirviendo.

Las hijas de los melesianos viéronse súbitamente acometidas por un frenesí muy raro, del cual nunca pudo saberse la verdadera causa. Lo único que se ha hecho son conjeturas suponiendo que influencias malignas y pestilentes infestaron el aire turbando de esta suerte su razón y produciendo la demencia. Las desgraciadas jóvenes sentían un vivo deseo de morir estranguladas, hasta el punto de que varias de ellas se suicidaron secretamente.

Ni las lágrimas de sus padres, ni las exhortaciones de sus amigos podían desviarlas de aquella funesta resolución, pues hurlaban la vigilancia y la destreza de sus guardianes.

Atribuíase aquel bárbaro furor á la venganza de los dioses, y parecía que tan horrible desgracia no podía tener humano remedio, cuando por consejo de un hombre muy sensato se promulgó una ley que ordenaba que todas las mujeres que se suicidaran serían trasladadas á la pira atravesando la plaza pública completamente desnudas. Esta ley hizo cesar en absoluto aquel violento deseo de morir que se había apoderado de las muchachas. ¿No es prueba elocuente de virtud y honestidad este temor á la infamia? Aquel pudor alcanzaba más allá de la muerte, en aquellos seres que no temían lo que más á los hombres espanta, el dolor y la muerte.

Un espartano respondió negativamente á una pregunta que se le había hecho. — Mentís, le replicó el que le había interrogado; á lo que repuso el primero: — Hacéis mal en preguntarme cosas que ya sabéis.

Un sujeto rogaba encarecidamente á Agesilas que escribiera á sus amigos de Asia al objeto de que pudiera alcanzar cierta cosa que, según decía él, era muy justa. Agesilas contestó: — Mis amigos no tienen necesidad de que yo les escriba para hacer justicia á quien quiera que sea.

En cierta ocasión preguntaron á Aristipo: — ¿En qué os creéis superiores vosotros los filósofos al resto de los hombres? — En que si todas las leyes se suprimieran, nuestra conducta no por esto sería menos arreglada.

En la Italia septentrional cogen la uva en tiempo bien seco, quitan con cuidado todos los granos gastados ó chafados y ponen después los racimos en una caja en dos ó tres capas, interponiendo á cada una hojas de albrichigo. Arregladas de este modo las cajas, se colocan sobre unas tablas en un aposento seco y bien ventilado, y así conservan perfectamente la uva hasta el mes de Enero y aun de Febrero.

Para que no se apolille el paño pónganse en el cajón ó cofre donde se guarde, hojas de cedro, de valeriana, de espliego, de avena loca ó ruda, ó, por fin, cualquier planta que despidan olor fuerte.

Entre todos los conocimientos humanos el primero que debemos adquirir es el de nuestra propia ignorancia. — M. ELLIS.

A veces el que sigue un consejo se muestra con ello superior al que lo ha dado. — POPE.

La mitad de las coronas que se presentan ante nuestros ojos no son más que coronas de doradas espinas. — PROVERBIO INGLÉS.

Conviene pensar en el porvenir, pero sin comprometer el presente. Ninguna persona razonable y prudente se hará desgraciada hoy porque puede llegar á serlo mañana. — (***)

Los acreedores tienen mejor memoria que los deudores. — FRANKLIN.

El buen pagador es el dueño de la bolsa de los demás. — PROVERBIO INGLÉS.

El segundo vicio es el de mentir, el primero es el de contraer deudas. La mentira va siempre unida á una deuda. — FRANKLIN.



DECORACIONES FÁCILES

El buen gusto y la paciencia suplen al arte en muchos casos; hay muchas maneras de decorar las paredes de las habitaciones con poco gasto y no gran trabajo. Sin embargo, estos procedimientos sólo tienen aplicación adecuada en las casas de campo, en primer lugar porque allí todo puede pasar mientras no sea inmoral ó ridículo.

El sistema más sencillo consiste en formar combinaciones de grabados cual si fuesen mesas revueltas, y procurando que las manchas que forman el dibujo sean simétricas vistas á distancia: pueden alternar con el fondo de la pared ó cubrirla enteramente, sin olvidar nunca que

